

ENTRE FRONTERAS



Una novela que se sumerge en el drama
de los inmigrantes peruanos en Chile

ALFREDO GAETE BRISEÑO

Agenda Literaria

ENTRE FRONTERAS

Alfredo Gaete Briseño

ENTRE FRONTERAS

TERCERA EDICIÓN

14 de febrero del 2016

Editado por Aguja Literaria

Valdepeñas 752

Las Condes - Santiago de Chile

Fono fijo: +56 227896753

E-Mail: agujaliteraria@gmail.com

Sitio web: www.agujaliteraria.com

Página Facebook: Aguja Literaria

ISBN-13: 978-1530060085

ISBN-10: 1530060087

N° INSCRIPCIÓN: 118.475

DERECHOS RESERVADOS

Oscar Alfredo Gaete Briseño

Queda rigurosamente prohibida sin la autorización escrita del autor, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

DISEÑO DE TAPAS

Josefina Gaete Silva

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, agradezco a los inmigrantes peruanos que acogieron mis inquietudes, pues su valioso aporte permitió que mi investigación fuera fructífera.

A Isabel, quien me animó a entrar en esta feliz aventura.

A mi madre (Q.E.P.D.), involucrada en este proyecto con una fe y una generosidad tan grandes que resultan imposibles de calcular.

A Carmen Gloria, cuyas sugerencias me permitieron modelar mejor el cuerpo de esta novela.

A Josefina, por sus recomendaciones a la 1ª edición, y su apoyo en esta publicación.

A Cristián, por sus acertados comentarios.

A Joaquín, por la importante información que aportó.

A Alfredo, porque desde la distancia percibo sus buenas vibraciones.

A esos amigos y amigas que están siempre presentes.

A todos, deseo representarlos en una muchacha peruana, quien a través de su tiempo, su afecto y su extraordinaria disposición, me introdujo en aquel mundo:

¡Gracias, July!

*“Todos los seres humanos
nacen libres e iguales en dignidad y derechos
y, dotados como están de razón y conciencia,
deben comportarse fraternalmente
los unos con los otros”.*

*Declaración de Derechos Humanos
ONU, 1948*

Contenido

CAPÍTULO I
REENCUENTRO CON ELISA

CAPÍTULO II
LO QUE LUCRECIA NUNCA CONTÓ

CAPÍTULO III
DECEPCIONES

CAPÍTULO IV
UNA HISTORIA DIFÍCIL DE OLVIDAR

CAPÍTULO V
ENFRENTADO A LA SEGREGACIÓN

CAPÍTULO VI
SUCEDIÓ EN HUARAL

CAPÍTULO VII
CHILE, TIERRA DEL DINERO FÁCIL

CAPÍTULO VIII
ENTRE EL HOSPITAL Y LA CALLE

CAPÍTULO IX
LUCRECIA, EN COMPÁS DE ESPERA

CAPÍTULO X
NÉSIDA Y LUCRECIA, EMIGRANTES

CAPÍTULO XI
CAMINO A SANTIAGO DE CHILE

CAPÍTULO XII
ENTRE RECUERDOS

CAPÍTULO XIII
UNA BUENA RAZÓN PARA VIVIR

CAPÍTULO XIV
EN BUSCA DE NUEVOS HORIZONTES

CAPÍTULO XV
EN TODAS PARTES SE CUECEN HABAS

CAPÍTULO XVI
DE VUELTA EN LA PLAZA

CAPÍTULO XVII
UNA APARICIÓN DESASTROSA

CAPÍTULO XVIII
NÉSIDA, SAMUEL... Y ANITA

CAPÍTULO XIX
UN ESCRITOR ENTRE FRONTERAS

CAPÍTULO I

REENCUENTRO CON ELISA

—Está bien, de acuerdo, me has convencido. Buscaré la forma de ayudarte.

Aquella afirmación resonará para siempre en mi mente. No deja de asombrarme cómo mi desesperación influyó tanto para conseguir de Elisa, la famosa editora que asegura el éxito, aquel favor.

No fue fácil lograr la primera entrevista. Su secretaria resultó imposible de traspasar: atenta, más bien encantadora, aleccionada para deshacerse de uno sin sacar ronchas, demostró ser de una eficacia insoportable. Acostumbrada a intermediar entre las llamadas telefónicas y Elisa, sobre todo las de los escritores que la buscan desesperados por conseguir aunque sea unos pocos minutos de su atención, sabe a la perfección cuales son las que pueden pasar.

Así, por teléfono me fue imposible acceder a ella. Mi ego lo hubiera agradecido, pero sin duda yo no estaba en la lista de los afortunados.

La obsesión por hablarle me condujo hasta su lugar de trabajo, y enfrentado a su secretaria, me pregunté en qué maldito momento había tomado la ridícula decisión de ir. Su amabilidad fue la misma que por el auricular, y luego de registrar mi nombre y teléfono, se comprometió a comunicarse conmigo apenas pudiera concertar mi anhelada entrevista.

Me sentí tonto, parado ahí, a sabiendas de ser imposible un buen resultado. Tuve deseos de acercarme a la puerta de su despacho, y contra toda norma de urbanidad, abrirla y exigir una entrevista, de inmediato, sin importar con quién estuviera reunida, si es que había alguien. Pero dudé y recapacité, era una idea demasiado estúpida, de

modo que agradecí a la secretaria su gentileza y di la vuelta para retirarme a esperar una llamada que de seguro nunca recibiría.

No se me pasó por la mente, al girar, encontrarme con ella de frente.

–¡Qué sorpresa! ¿Qué te trae por aquí? –Había olvidado por completo ese modo condescendiente que me resultaba insoportable, adquirido a medida que subía uno a uno los peldaños de la escalera del éxito, sin dar un solo paso en falso.

–Quisiera hablar contigo unos minutos... si los tienes, por supuesto. –La timidez con que hablé me hizo sentir avergonzado, sobre todo al recibir su respuesta, impregnada en una calidez propia de quien ha conseguido una equilibrada seguridad en sí misma.

–Pero por supuesto, ven, entremos a mi oficina. –Dirigió la mirada hacia su secretaria–. Ya sabes, Fernanda, no me pases llamadas.

Por instantes, tanta amabilidad me hizo sentir que aquella Fernanda era una inútil que jamás le había dado mis mensajes, pero de inmediato recapacité: su obligación era defender los deseos de negativa provenientes de la jefa, ocupándose de que nunca alguien pudiera percibir desprecio.

–Gracias. –La seguí hasta su despacho, una cálida habitación rodeada de ventanales, ambientada con muebles Reina Ana en caoba, frágiles en apariencia, igual que su figura. Observé la pulcritud y el orden: cada cosa en su lugar.

Recordé la primera vez que entré allí. Recién contratada por la editorial como editora, me fue presentada para ocuparse de mis asuntos. En silencio, durante algunos instantes, su mirada recorrió mi figura del pelo a los pies. De aquello a su apartamento en avenida Providencia, mediaron solo un par de reuniones. Cualquier mujer, en la actividad que fuera, hubiera querido coquetear, y en lo posible

acostarse, con aquel escritor considerado “el hombre del siglo” por la crítica feminista.

Me pareció bien trabajar con ella y a la vez gozar de una intimidad que mientras duró, fue encantadora. Pero los tiempos cambiaron...

Observé, a través del grueso ventanal, el atascamiento de vehículos y la gran cantidad de peatones que circulaban por la vereda de enfrente. Por enésima vez me pregunté qué había ocurrido conmigo, dónde estaba el exitoso escritor capaz de dar vida nueva a quien se le ocurriera tomar en sus manos uno de sus libros de crecimiento personal, o como ahora le dicen, autoayuda. Hojearlo era suficiente aliciente para no soltarlo y hurgar en las librerías hasta encontrar otro, del mismo autor, y tener más capítulos llenos de mensajes para leer y repasar una y otra vez.

Pero los tiempos cambiaron y gasté mis fondos, mientras pensaba que serían eternos.

–Te has perdido durante mucho tiempo, y... no se te ve bien. ¿Qué te ha sucedido?

–Tú lo sabes, Elisa, me abandonaste, y...

–¡Ya, por favor no empecemos con eso! Los humos se te subieron a la cabeza, enloqueciste con todas las ofertas que otras mujeres más atractivas que yo te hicieron, y terminaste por creerte eso de que el éxito, una vez que se consigue, es eterno. Y ya ves... no siempre.

A pesar de la instrucción dada a su secretaria para no ser molestados, era evidente que en cualquier momento podía entrar con algo urgente que le permitiera deshacerse de mí, de modo que decidí no andar con rodeos.

–Ayúdame, tú puedes hacerme resucitar.

–Gracias, me halagas, pero no es tan fácil.

–Pero tú, si te lo propones, puedes. Te necesito, Elisa, y reconozco que sin ti valgo la nada misma. Ya que nuestra relación afectiva parece no tener destino, lo que por supuesto lamento, y al mismo tiempo respeto, te ruego al menos que no cortes el lazo profesional. Recuerda que fui

yo quien te llevó al estrellato, es tu oportunidad para devolverme la mano.

–Nunca he olvidado eso, pero tampoco el daño que me hiciste después... Déjame pensarlo, no sé si sea conveniente que tú y yo volvamos a involucrarnos.

–Pero será solo una relación profesional.

–Conoces igual que yo la falsedad de esa afirmación. Me mantiene alejada de ti el recuerdo, y tú te has hundido en tu decadencia, pero somos seres vulnerables: superada mi rabia y tú otra vez en las tablas, seremos como la miel para la abeja.

–Y eso, ¿te parece tan malo?

–Sí, porque ya una vez se convirtió la abeja en mosca y...

–¿Y?

–Pues, y la miel en... ¿Necesitas que termine la frase?

Sentí un golpe bajo y la obligación de congraciarme.

–Como has dicho, somos seres vulnerables. La fama me puso ciego, te perdí y me arrepiento. No fui consecuente conmigo, me desintegré no sé en qué momento y creo haber pagado con creces. Mira el estado en que me encuentro, y así, como alguna vez te alumbré el camino, puedes darte el lujo de hacerlo al revés.

–¿El lujo? No has cambiado mucho, ¿eh?

–Lo sé: *Genio y figura hasta la sepultura*; sin embargo, no es tan malo que sea como soy, ¿no te parece?

Elisa arqueó las cejas, indicando un grado de desconcierto.

–Quiero decir que en el estado en que me encuentro, ser así es lo poco que me mantiene en pie.

Calló durante un rato. Hice un esfuerzo para no cortar esa pausa, hasta que ella decidiera hacerlo.

–No lo sé, déjame pensarlo.

Otro silencio inundó el lugar. Me pareció indecisa y de nuevo le permití un espacio de tiempo para ordenar sus pensamientos. Su rostro se mostró más relajado y tuve la sensación de haber logrado influir en sus sentimientos.

–Está bien, de acuerdo, me has convencido... creo tener una buena idea.

No interrumpí.

–La editorial está interesada en un tema que podría ser un buen conducto para devolverte la figuración que tanto deseas: la inmigración de peruanos en Chile... Más bien, de peruanas. Hazme una novela entretenida, al límite, y te la publico.

Quedé perplejo. “¿Es la mejor manera de vengarse que se le puede ocurrir?”

–Tú sabes que esa no es mi línea, Elisa, ¿qué pretendes?

–Me has dicho que deseas ser resucitado, ¿no?

Asentí con la cabeza.

–Bien, entonces necesitamos lograr algo que venda.

–Pero las personas, en especial las mujeres, engulleron mis libros.

–Engulleron, sí, tres libros, pero eso es pasado. Escribiste tres libros diciendo lo mismo y no te importó, ¿por qué ahora te pones tan quisquilloso? Revivirte no será fácil y el camino, obviamente, no es publicar el cuarto: ese tema se te agotó. Debemos entregar a tus lectoras algo renovado: ¡Ahora, novelista! ¿Cómo te suena? ¡El escritor de los sueños de oro, rompe los esquemas: en lugar de salvar a las personas, ahora las destruye! Tiene que ser algo así, un impacto. Suena bien, ¿no te parece? Me gusta la idea, ese libro sí será devorado, y debemos dar en el clavo para conseguir continuidad, porque si no gustas, te mueres... y créeme que para siempre.

–Me parece detestable, aparte de ser una novela...

–¡Sí, detestable! Pues más que mejor, y debe ser un verdadero golpe. ¡Al límite!, como te acabo de decir, para que dé mucho sobre qué hablar. Una historia verdadera, cruenta, que lleve al lector hasta el último rincón de los personajes. Seres sacados de la vida real, trabajados para que suenen patetismo. Y lo que no consigas, invéntalo, pero que

sea fuerte, hasta llegar al borde de lo creíble. Tus lectoras han olvidado su lealtad hacia ti. ¡Las despertaremos! Será un escándalo para ellas, el más encantador de los escándalos. Ya tendrás tiempo de justificarte ante los medios de comunicación: televisión, radio, revistas... Ya armaremos algo.

–¿Y sobre peruanos?, ¿si nada sé de ellos? ¿No te parece pedirme demasiado? Ni siquiera he ido a ese país, y con el estado de mis finanzas las posibilidades de viajar son nulas. Creo que en verdad me estás tomando el pelo.

–Tal vez sea mejor que no los conozcas. Podrás evaluarlos con absoluta imparcialidad, míralo desde ese punto de vista y te parecerá una gran ventaja. Su risa apareció de improviso para sellar sus palabras, poniéndome los pelos de punta. En verdad estaba cambiada, sin duda no era la mujer que alguna vez conocí. Su largo rostro pálido, apenas delineados los ojos bajo esas cejas casi tan oscuras como el pelo liso que le caía sobre los hombros, le daban una expresión diferente, y su voz, otrora tímida, estaba repleta de mordacidad.

Yo no podía estar de acuerdo con aquella locura, me parecía una manipulación grotesca a mis lectoras, y por supuesto hacia mí mismo, pero me mantuve en silencio. Era una buena oportunidad para volver a brillar y no quise espantarla. Por eso, decidí darme un tiempo para pensar.

–Definitivamente, me pides algo que no sé si estoy dispuesto a hacer, aparte de tampoco saber si soy capaz... Déjame pensarlo, dame unos días.

Entornó los ojos, centrados en mí, como si con ellos fuera a lanzarme un dardo.

–¡No, olvídale entonces! Debo trabajar el tema de los peruanos cuanto antes y tengo otro escritor en mente, sin tus escrúpulos. Tal vez tengas razón y no seas el indicado. Estás pegado en eso del crecimiento personal, que no calentará a nadie. Lo siento, no fue una buena idea... Lo lamento. –Hizo el amago de enseñarme la puerta. Al menos

yo lo interpreté así. Su semblante se había endurecido y sus palabras sonaban tan categóricas...

–¡Espera, creo que no me has entendido!

Levantó la ceja del ojo derecho y su cara tomó una encantadora expresión de curiosidad. Tuve que contenerme para no abrazarla. El corazón me saltaba y no era capaz de coordinar las ideas. Deseé retroceder algunos instantes en el tiempo y retomar el hilo antes de plantear mi escepticismo.

Sus ojos, un tanto alargados por el delineador, se agrandaron. Estaba parada junto a la puerta, con la mano en la manilla.

–*Genio y figura hasta la sepultura*, querido. Creo que nunca cambiarás. Has venido casi arrastrándote, y de pronto, determinas poner condiciones. Es que no puedes ser tan arrogante y desubicado. ¿Te das cuenta? Tienes la tupé de pedirme que me siente a esperar hasta que se te de la gana tomar una decisión...

–No, Elisa, es que no has entendido. Me expresé mal, escúchame por favor.

Alzó su ceja y la encantadora expresión de curiosidad regresó a su rostro.

Me sentía atrapado, era todo o nada. Tuve la sensación de que jugaba, pero tal vez era efectivo que tuviera a otro para encargar el trabajo. Probablemente lo tenía. Creí leer en su mirada sus pensamientos: “Quiero una respuesta y ahora, ¡ya!”

–Sabes que mi tiempo es valioso y no estoy dispuesta a perderlo de esta manera, has venido por una oportunidad y aquí la tienes: tómala o déjala.

Durante toda mi vida estudié, practiqué y defendí los valores y principios que permiten el equilibrio en los seres humanos y su interacción eficaz, y en ese momento tuve que escoger entre continuar mi camino en el anonimato o renegar de aquello para recobrar el poder que dan la fama y el dinero. Entonces, sucumbí. En sus ojos aprecié el brillo